

vueitos en su condenacion. Pero al baxar el Espíritu santo, estos hombres temerosos y pusilánimes saldrían de repente de su retiro, se mostrarían en medio del día con una seguridad y un zelo al qual nada podría desconcertar, echando en cara á los judíos el haber llenado la medida de sus crímenes con la muerte del Mesías, predicando en todas partes á Jesus crucificado, testificando sus milagros, su resurreccion, su divinidad, y no pudiendo ser intimidados ni con las órdenes del Sanhedrin, ni con el poder romano invocado contra ellos para detener sus progresos. Capaz ya de alarmar á los sacerdotes y doctores de la ley, la sociedad christiana se formaría al rededor de ellos, y en poco tiempo producirían sus trabajos la mies mas abundante. Su zelo animado con la felicidad de sus primeros ensayos, tomaría un vuelo mas noble, y aspiraría á abrirse una carrera mas extensa. Se dispersarían por todas las partes del mundo para llevar á ellas la luz de la verdad, y disipar las tinieblas en que estaba sumergido el género humano ya habia tantos siglos. Ni los vastos mares, ni los profundos rios, ni las arenas ardientes de la Arabia y de la India, ni los eternos hielos de la Scitia, y del Cáucaso no podrían retardar la rapidez de su carrera. Por donde quiera echarían por tierra los ídolos, impondrían silencio á los oráculos, y construirían templos al verdadero Dios. Los límites de la dominacion romana, por vasto que fuese el contorno que abrazasen, no servirían de barreras á sus trabajos. Penetrarían entre los pueblos bárbaros, adonde todavía las águilas no habian extendido su vuelo: ganarian soldados á Jesu-christo en lugares en que no se sabría si habia una Roma, un senado, un emperador sobre la tierra; y á su muerte habria ya adquirido la Iglesia una consistencia sólida; estarían fixados sus dogmas, establecida su disciplina, en vigor sus leyes, y determinada su gerarquía en todos los grados que la componen. Sin embargo rugirían las borrascas por todas partes contra ella. El sacerdocio pagano, despojado de todas sus ventajas, y pronto á verse sepultado baxo las ruinas de sus altares, llamaría á su socorro la supersticion y el zelo fanático de los pueblos: vencida y degradada la filosofía se armaría con todas sus sutilezas: la potestad imperial emplearía todo el poder que las leyes y la fuerza tienen so-

bre los hombres para sostener un culto, en el qual preocupaciones antiguas y respetadas hacian consistir la prosperidad de la república. Cada día emanarían del trono edictos sanguinarios, y los magistrados ciegos ó políticos, é igualmente aquellos á quienes sería confiada la execucion de estas órdenes crueles, superarían todavía los furores de los que las habrían dictado, olvidarían todo sentimiento de humanidad, toda compasion natural, y la equidad que se debe á los mismos culpados, quando se tratase de los christianos. En vano estas infelices víctimas de un odio absurdo y furioso expondrían en su defensa la pureza de sus costumbres, su desinterés y su piedad para con el Sér supremo, y para con la segunda magistrad que le representa sobre la tierra, su moderacion en medio de la injusta guerra que se les declara, no obstante de ser en número bastante grande para hacer temblar á sus enemigos: en vano se juntaría la razon de estado á la justicia para interesar á la autoridad pública en su conservacion, no solamente porque son ciudadanos pacíficos y virtuosos, sino tambien porque su multitud debería hacerlos, ya que no formidables, á lo ménos dignos de miramiento. No se conocería ni regla de equidad, ni principios de gobierno, quando se ocupasen en exterminarlos. Bastaba ser christiano, este nombre solo era el mayor de los crímenes, y no se necesitaba mas para ser juzgado digno de todos los suplicios. Tal sería el estado del christianismo por el espacio de tres siglos, y en medio de esta larga tempestad, la nave de la Iglesia siempre balanceando sobre las olas, no podría ser maltratada, ni echada á pique por el viento impetuoso de las persecuciones.

Los mártires llamarían particularmente la atencion por su asombroso número por la naturaleza de sus combates, <sup>Los más-
tires.</sup> cuya pintura aterra la imaginacion, y por los efectos de sus victorias. El número es tan grande, que á pesar de las arriesgadas reflexiones, y de los cálculos falibles de un Dodwel y de sus copiantes, puede asegurarse que no es conocido sino de Dios. Que se observe primeramente que en el espacio de trescientos años toda la autoridad de los emperadores y del senado se ocupó en perseguir á los christianos; que pareció contra ellos una multitud de edictos y leyes penales: que los Trajanos y los Antoninos,

aquellos príncipes amigos de la humanidad, que formaron las delicias de la tierra, llegaron á ser tiranos para con aquellos que se miraban como enemigos de los césares, porque rehusaban incensar á los dioses del imperio: que despues de la conversion de Constantino, al tiempo mismo que el Evangelio llevaba su luz á las extremidades del mundo, la heregía se las disputó en furor y crueldad á la idolatría, y que los nombres de Constancio, Valente, Genserico, Basilio, Zenon, &c. estan escritos en los anales de la religion con caracteres de sangre como los de sus antiguos perseguidores. Despues de esto siguiendo á los obreros evangélicos á todas las partes de la tierra, á Asia, Europa, Africa, y hasta aquel nuevo continente, adonde el valor y la pericia se han abierto un camino por en medio de las olas y de los escollos; en donde quiera se verán levantados cadahalsos, hogueras encendidas, jueces sanguinarios, ocultando su odio á los discípulos de Jesu-christo baxo la apariencia de una falsa obediencia á la voluntad del soberano, y haciendo instrumento de su ambicion al ardor que mostraban en socorrer la animosidad de los que provocaban la execucion de los edictos de proscripcion. Que se considere sucesivamente que desde Neron hasta Constantino, á excepcion de algunos intervalos, estuvo siempre encendido en todas las provincias del imperio el fuego de la persecucion; los cadáveres de los christianos palpitaban en los anfiteatros: sus entrañas devoradas por los tigres y leones cubrian las arenas: sus miembros esparcidos se corrompian en las plazas públicas: se teñían los rios con su sangre, y llevaban con horror los restos libertados de las llamas. En fin, que se recorra el universo desde el Oriente que fué la cuna del christianismo, hasta las islas más remotas del Occidente, y hasta los helados climas del Norte, adonde no penetró el Evangelio sino al cabo de algunos siglos; desde las orillas del Eufrates y del Indo, hasta las riberas del Danubio y del Rhin; y que se cuente, si se puede, aquella multitud innumerable de christianos, que fueron atormentados sobre los potros, extendidos sobre las parrillas ardiendo, consumidos en las llamas, devorados por las bestias feroces, metidos en calderas de aceyte hirviendo, estrellados baxo de las muelas, precipitados de lo alto de las rocas, sumergidos en las aguas, arras-

trados por caballos fogosos, ahogados con la infeccion de los calabozos, hechos pedazos con ruedas armadas de agudas puntas, y de hojas cortantes; y que se nos diga si es exágerar el hacer subir su número á muchos millones.

Si se ponen los ojos sobre la naturaleza de sus combates, qué motivo de admiracion! Porque ellos no solamente tenían que defenderse contra la carne y la sangre, como el resto de los christianos, sino igualmente contra lo más espantoso de las torturas, contra lo más vergonzoso de la infamia para almas honestas, contra lo más formidable del aparato de la muerte realzado con las amenazas de los tiranos, con los gritos de un populacho furioso, y con la rabia de los verdugos. Y despues de esto, quiénes eran los que caminaban á paso firme por tan duras pruebas? Eran acaso hombres exercitados en la fatiga y endurecidos en los trabajos, guerreros acostumbrados á los peligros, ó de temperamentos robustos y aguerridos contra los males? No; eran mugeres delicadas, cortesanos alimentados en las delicias, vírgenes jóvenes, que no conocian todavía más que las caricias de sus padres y las dulzuras de la casa paterna; viejos debilitados con el peso de los años, pontífices y sacerdotes que habian encanecido á la sombra del santuario, y aun algunas veces niños que apenas habian salido de los brazos de sus madres. De dónde sacaban ese valor, en el qual no habian tenido ocasion de ejercitarse? ¿No es forzoso reconocer en ellos alguna cosa divina? ¿El socorro del cielo no es evidentemente el principio de su fuerza? ¿Y la mano de Dios que los sostiene, no se manifiesta en ellos de un modo tan visible, que dexando á un lado toda preocupacion, la prueba que resulta del mismo hecho obliga á reconocerla y adorarla? En efecto, quando se ve á los mártires confesar libremente á Jesu-christo en medio de aquellos tormentos inauditos que se inventan para ellos ex-profeso, y cuya sola imágen hacen temblar: quando sobre su frente se ve la serenidad y el gozo en sus ojos: quando ya no son sus miembros, sino sus llagas las que se desgarran: quando los jueces, los prefectos, los emperadores mismos cargan todo el rigor de las penas y todo el peso de la autoridad sobre hombres sin defensa y sin proteccion: quando sublevan contra ellos la tierra

entera los pontífices de los falsos dioses y los grandes del imperio, y triunfan de todas las potestades reunidas para oprimirlos; ¿se puede dexar de exclamar que la fuerza y la salud vienen del Todopoderoso, y de tributar gracias á Dios que les ha dado la victoria por Jesu-christo?

Si en sus triunfos se nota una virtud superior á todas las fuerzas humanas, ¿los efectos que producen no participan igualmente de prodigio? Quál es el hombre que juzgando de los destinos del christianismo naciente por las reglas de la prudencia ordinaria, y aplicando á este nuevo culto los principios de la experiencia, no hubiese salido por garante de su próxima caída, calculando los medios empleados para destruirle? Sin embargo, sucede todo lo contrario, y estos mismos medios son los que le afirman y le extienden. La sangre de los mártires, para servirme de una expresion que nada pierde de su hermosura, aunque repetida muchas veces despues de Tertuliano, que fué el primero que la empleó, era en todos lugares una semilla fecunda de christianos. En efecto, ¿podia nadie ser testigo de su heroica constancia, sin admirar una religion que elevaba al hombre á la clase de las inteligencias puras, desprendiéndole de su cuerpo y de sus sentidos, y haciéndole, por decirlo así, inaccesible á las impresiones del dolor? De ahí proviene que los jueces, los sacrificadores idólatras y los verdugos mismos, á pesar de las preocupaciones que los cegaban, no podian ménos de convenir que los christianos arrastrados al suplicio con tanta barbarie, encerraban dentro de sí un principio de grandeza y heroismo, que no estaba en el curso ordinario de la naturaleza. De ahí proviene tambien que Juliano, á pesar de todo el ódio que habia jurado á la religion de Jesu-christo, y de todas las estratagemas que puso en práctica para aniquilarle, siempre rehusó conceder la muerte de qualquiera de los que la profesaban, á solicitud de los sacerdotes y filósofos paganos, de miedo de que un mártir no hiciese salir de sus cenizas un nuevo envambre de christianos. Sabia mejor que nadie que en la historia de los mártires se presenta la religion christiana con toda la brillantez de las pruebas de que está rodeada, puesto que su testimonio recae igualmente sobre las profecías, los milagros, las verdades especulativas, y los preceptos morales; y no queria ha-

cerle más sensible y penetrante con nuevos exemplos de firmeza y de grandeza de alma.

Si algunos nuevos filósofos animados del mismo espíritu que este príncipe apóstata, y á los quales no faltase otra cosa que su poder para arrojarle á los mismos excesos, nos objetasen que se han visto almas fuertes y valerosas sostener los golpes de la suerte y los asaltos del dolor, sin doblar su constancia; una sola queja con que entre los pueblos antiguos, y sobre todo en aquella Roma donde tuvieron tanta elevacion los caracteres, se vieron héroes considerar con ojos tranquilos los aparatos de su muerte, y no dexar á los tiranos que los sacrificaban mas que la vergüenza de haber hecho perecer á hombres de bien, se les respondería en primer lugar, que no pueden ser comparados á la innumerable multitud de mártires estos raros exemplos de magnanimidad; y en segundo, que esas víctimas inmoladas al capricho y á la codicia de un dueño zeloso, hallaban su recompensa en los rasgos de heroismo que caracterizaban sus últimos momentos; y que se crejan bien pagados de algunos años de vida, con la gloria de que se lisonjaban sería acompañado su nombre en todas las edades. Ninguna cosa semejante podia inspirar á los mártires aquel noble orgullo, que algunas veces lleva las almas grandes á desafiar los reveses y la muerte. Eran por la mayor parte hombres sin título, ciudadanos oscuros cuyos nombres apenas conocidos en sus tiempos, ni aun fueron conservados por los testigos de su constancia para edificacion de los siglos siguientes: tropas de mugeres, de sacerdotes, de viejos que sin observar las formas judiciales prescritas por las leyes se degollaban á millares: artesanos, habitantes del campo, soldados sin número durante su vida, y sin memoria despues de su muerte. Esto es tan verdadero, que de cerca de quince millones de mártires cuya sangre ha teñido de roxo la tierra en todas las partes del mundo christiano, apenas nos resta con que formar un volumen de sus actas auténticas. Se puede pues asegurar no solamente que para ellos era un motivo extraño la vanidad del mundo, sino tambien que hubiera sido el colmo de la locura en semejantes gentes el concebir su idea; y así solo el convencimiento profundo é incontrastable de las verdades de que se habian penetrado, ha podido ser el que los ha conducido á paso firme á los pies de

los tribunales adonde eran llamados, y les ha sugerido aquellas intrépidas respuestas que desconcertaban á sus enemigos.

En quanto á lo demas, su testimonio subsiste aun, á pesar del curso de los siglos que han pasado despues de ellos, y adquiere todavia cada vez nueva fuerza y nuevo esplendor, á medida que se alejan los tiempos y se suceden las generaciones. La voz de su sangre, cuyas huellas no parecen ya sobre la tierra, se eleva hácia el cielo, y resuena poderosamente en todos los climas del mundo: allí anuncia, ¿qué digo? persuade mejor que pudiera hacerlo la eloqüencia de los mas grandes oradores, aquella religion que les ha parecido tan cierta, tan evidentemente demostrada, tan sensiblemente grabada en el cuño de la Divinidad, que no han vacilado en creerla y en morir por ella, ellos que la han visto nacer, que la han examinado en sus fundamentos, y que no han podido negarse á los sagrados caracteres que la hacen reconocer por la obra de Dios.

Conver-
siones cé-
lebres.

¿Podria el historiador de la Iglesia recorriendo estos bellos siglos de heroismo y de fervor no detenerse con alguna complacencia en aquellas conversiones célebres, que han manifestado por una parte todo el imperio de la gracia sobre los corazones, y por la otra toda la luz de que se muestra rodeada la religion á los entendimientos que no buscan sino la verdad? Contentémonos con recorrer algunos de estos hechos brillantes, solamente para hacer ver quales son en esta parte nuestras riquezas.

De todos los discípulos de la sinagoga, Pablo es el que mas se distingue por su odio á los christianos, y por su ardor en perseguirlos. No respira mas que contra su sangre, y para darles golpes mas seguros, hace que le autoricen los gefes de su religion. Revestido de estas órdenes sagradas, parte, y gusta ya en su corazon el placer de señalar su zelo por las prisiones, los suplicios y la carnicería. Pero, qué profundas son las miras de Dios, y qué adorables sus juicios! Al mismo tiempo que corre Pablo á la execucion de su proyecto, y que exáltado su furor va á arrastrarle á los mayores excesos contra los christianos, es detenido repentinamente. Se abre el cielo, sale un rayo, y le arroja por tierra, le rodea una nube luminosa, y una voz divina le echa en cara el encarnizamiento con que persigue á Jesu-Christo y á sus discípulos:

tudo esto no dura mas que un instante, y Pablo está ya mudado. Nada mas tiene que temer la Iglesia de él; ya es un christiano, un apóstol; con sus trabajos á favor de los progresos del Evangelio borrará la memoria del zelo perseguidor á que se habia entregado para destruirle. No conocerá en adelante ni el temor, ni el reposo: toda su vida será una serie de fatigas, de navegaciones, de viages. La sinagoga y el areopago admirarán sucesivamente la fuerza de su eloqüencia, y la libertad de su predicacion; y coronando su apostolado con una muerte gloriosa, su sangre mezclada con la de Pedro consolidará los fundamentos de la iglesia Romana, para hacerla inexpugnable á todos los esfuerzos del infierno. Se dirá que san Pablo ha sido seducido por los christianos? ¿La idea de hacer de él un apóstol podia venirles á la imaginacion, y depende del poder humano el prodigio que obra su mudanza? Se dirá que era un impostor? Pero qué motivo tenia para abandonar la sinagoga, en donde su adhesion á la ley de sus padres, sostenida de un bello ingenio, del precioso talento de la palabra, y de todo el crédito de la secta de los phariseos, que habia abrazado desde su juventud, le habian grangeado la mas alta consideracion? Qué mira de interes ó ambicion podia llevarle á entrarse en la Iglesia, sociedad débil y perseguida, en donde no habia ni crédito, ni riquezas que ganar, y de la qual segun las máximas ordinarias de la razon todo presagiaba una ruina cierta? Se dirá en fin que se determinó á tomar este extraño partido por satisfacer una passion desreglada? Mas el descontento y el despecho no podian ser, supuesto que le honraban con toda su confianza, y le habian dado toda su autoridad contra los christianos los gefes de su religion: tampoco el gusto de la independencian, y aun ménos el del libertinage, mediante que la moral de que se hacia discípulo tiene por primeros principios el combatir los vicios, mortificar las pasiones, obedecer sin murmullo á las potestades legítimas, y que por otra parte no se ve en su vida ninguna acción que descubra un corazon vicioso y desarreglado. Es preciso pues confesar que la íntima conviccion de la verdad que ha predicado, ha sido el motivo de su mudanza, y que los sucesos pasmosos que ha tenido en su predicacion, han sido efecto del poder divino que le ha socorrido.

En la conversion de san Pablo se muestra Dios, digámoslo así, con aquel aparato de fuerza y de poder de que se acompaña quando quiere vencer en un instante todos los obstáculos; y aunque la omnipotencia divina jamas violenta los corazones, sin embargo es tan pronta y tan rápida la gracia en este acaecimiento, que no se percibe en ella la de las facultades humanas. Pero hay otras conversiones ménos súbitas y no ménos honrosas á la religion en las cuales se notan los progresos del convencimiento, y en que la razon exerciendo todos sus derechos, camina paso á paso hácia la verdad, y llega por grados á aquella plenitud de luces que no le permite renusar mas su consentimiento. Todos estos caracteres se distinguen en la conversion de san Justino. En sus escritos hallo la relacion individual de los motivos que le determinan á hacerse christiano. Nacido en el paganismo, cultivó temprano la filosofia de Platon, que le pareció la mas propia para desprender el alma del imperio de los sentidos, y darle aquella libertad preciosa que le permite elevarse á la contemplacion de las cosas intelectuales. Mas era sumamente zeloso de los privilegios de la razon humana, como todos los pretendidos sabios que habia tomado por guías y por modelos. Quería que ella fuese el juez supremo de todas las doctrinas, y no admitia ninguna verdad que no fuese como sellada con su aprobacion. Un amigo venerable por su edad y prudencia le desengañó de esta vanidad filosófica, haciéndole ver los errores de principios y de conducta, en que habian caido los que llamaba sábios. Este fué el primer paso que dió hácia la luz. Despues se puso á estudiar las santas escrituras. Singularmente le hirió el tono de grandeza, y la poderosa energia que reyna en los escritos de los profetas. Los comparó con los filósofos y poetas de que hasta entónces se habia alimentado, y reconoció en ellos el sello de la divinidad, que es la que solo puede anunciar lo venidero, y justificar sus predicciones con los sucesos. Halló principios de moral superiores á todo lo que habia leído en los escritores profanos. Vió la vanidad de los ídolos, lo absurdo de su culto, la unidad de Dios, sus augustos atributos, la promesa del Mesías, despues de lo qual no le fué difícil convencerse de que las profecías estaban cumplidas, que Jesu-christo era el Manuel que tantas veces

Dios habia anunciado, y su religion el culto figurado por toda la economia mosayca. Aquí se observa una progression de conocimientos que da á la razon tiempo de examinar, de comparar, de escoger, y que le dexa toda la calma necesaria para ponerse alerta contra los prestigios de la mentira, y penetrarse lentamente del gusto de la verdad. Ve ahí un hombre á quien las preocupaciones de la educacion, las prevenciones del entendimiento, y las luces adquiridas con un largo estudio inspiraban el alejamiento mas decidido del christianismo, y que le abraza despues de un maduro examen, por el convencimiento que produce en él una aplicacion reflexionada de los principios de la razon á las pruebas alegadas en su favor. Que nos diga el incrédulo despues de esto, qué mas exige, y si no halla aquí el modo de proceder, cuya observancia prescribe en la indagacion de la verdad?

No siendo la razon la sola facultad del hombre, tampoco es la única que le dirige en sus elecciones. El sentimiento, móvil activo é imperioso arrastra casi siempre el corazon con su vehemencia ó con sus encantos. Era preciso pues para hacer completo el triunfo de la religion, que hubiese conversiones en que el sentimiento desplegase todas sus dulzuras, y en que las delicias puras de la virtud exerciesen todo el poder que tienen sobre las almas. Basta echar una ojeada sobre las diversas circunstancias de la conversion de san Agustin para hallar todo esto en ella. Mucho tiempo habia que su razon, que habia sido el juguete de las opiniones humanas, estaba desengañada de los vanos sistemas á que se habia descarriado. Para él la divinidad del christianismo era una verdad sobre la qual no era permitido á un hombre juicioso suscitar la menor duda. Habia hecho un estudio particular de sus pruebas y de sus dogmas: nadie habia profundizado mas que él la doctrina de la fe, y nadie estaba mas convencido de que puede sostener en todas sus partes el examen mas severo y la discusion del crítico mas riguroso; que es decir que su espíritu era christiano, pero su corazon idólatra. Ciertas inclinaciones viciosas á que se habia entregado, le cautivaban baxo un yugo que temia romper, aunque conociese su dureza. Sus hábitos fortificados de dia en dia con los sacrificios que les hacia á costa de sus luces y de su conciencia, habian llegado á ser para él una cadena de

hierro que no se atrevia á despedazar, aunque la arrastrase con trabajo. El deleyte de los sentidos y los atractivos del placer habian tomado tal imperio sobre su voluntad, que no podia abstraerse de ellos, aun quando se avergonzaba de los excesos con que degradaba su sér. Sin embargo en medio de sus regocijos se apoderaban de su corazon los disgustos y la amargura. Reflexionaba muchas veces sobre la dignidad de su alma, sobre la hermosura de la virtud, sobre la certidumbre de una cosa por venir, y entónces ya no se veia sino lleno de horror, y la inquietud emponzoñaba todos sus placeres. En esta situacion de corazon, oyó referir la vida en un todo celestial de los que habian dexado las esperanzas y encantos del mundo por seguir á Jesu-christo. Su alma ya turbada no pudo sostener el paralelo que hizo de su envilecimiento y de su miseria, con la gloria y la felicidad de estos verdaderos sábios. Mas agitado que nunca, abre las Epístolas de San Pablo, y el lugar sobre que cae, es uno de aquellos preceptos de la moral christiana, que proscriben la murmuracion, las impurezas, la licenciosidad, las querellas, y que recomienda la imitacion de las virtudes, cuyo exemplo ha dado Jesu-christo al mundo. Vencido con tantos golpes repetidos, se rinde al fin á los llamamientos de la gracia, y ya no quiere conocer otras dulzuras que las que se gustan en el servicio de Dios. No es este un hombre débil á quien se seduce con pinturas brillantes y razonamientos insidiosos, ni tampoco un entusiasta que se dexa arrastrar á los delirios de su imaginacion: es un sábio profundo, un ingenio sublime que se convence por sus propias indagaciones; pero que resiste largo tiempo á lo que exige de él la verdad conocida, y no toma finalmente la resolucion de vivir conforme á sus principios, sino despues de haber rehusado mucho tiempo su corazon á la virtud.

Escri-
res Ecle-
siásticos.

El que quisiese seguir nuestro plan de historia en todos sus ramos, no omitiria los escritores eclesiásticos; y qué abundancia de riquezas no podria sacar de estas minas fecundas, llevando á ellas la antorcha de la crítica y de la filosofia? Yo no digo que se extienda con pesadez sobre todos los escritos que tienen por objeto materias relativas al dogma, á la moral y á la disciplina; ni que se dedique á representar con analisis literal y arrastrada todo lo que

han producido los diferentes siglos; pero deseo que escoja los escritores y las obras; que en los primeros se atenga á los mas célebres, á los que mejor han profundizado su asunto, y cuyo ingenio han influido mas sobre el espíritu general de su siglo; que en las segundas se ocupe sobre todo en aquellas en que está expuesto el dogma del modo mas claro, en que la moral está mejor circunstanciada, y en que se halla la disciplina caracterizada con los rasgos mas penetrantes. Con este método hará sus extractos tales que interesen, y sabrá unirlos con el cuerpo de la historia, de manera, que no formarán mas que un mismo todo con ella, y esparcirán la luz sobre la narracion, principalmente quando se trate de las disputas que se han suscitado sobre la fe, y de dar á conocer los medios empleados en el ataque y en la defensa. Qué servicio no se haria á la religion en poner á los ojos de sus enemigos los razonamientos demostrativos de sus apologistas, las luminosas inducciones de sus doctores, y las discusiones sábias de los que han escrito contra las heregias mas acreditadas por los talentos y eloquencia de sus partidarios? Qué honor para los defensores del christianismo el hallar en las obras de sus primeros defensores las victoriosas armas que aun triunfan en sus manos de toda la sutileza de los incrédulos! Qué confusion para un tropel de escritores irreligiosos que no han tenido rubor de desencadenarse con un furor impio contra Dios, sus misterios y sus altares, el ver que esos argumentos con que hacen tanto ruido, esas objeciones que tienen por indisolubles, son las mismas de que se sirvieron los malos creyentes de los primeros siglos, los Celsos, los Porfirios, los Julianos, y las mismas tambien que nuestros mas antiguos doctores, los Justinos, los Atenagoras, los Tertulianos, los Orígenes, hicieron polvo mil veces con las respuestas que nosotros les oponemos todavía hoy! Con qué frente se podria tratar de hombres simples y de espíritus crédulos á los que abandonaron la sinagoga y abjuraron el paganismo en los primeros tiempos, por ponerse baxo la conducta de los Apóstoles y de sus discípulos; quando se veria á los mas bellos ingenios, á los oradores mas sublimes, á los sábios de mas vasta erudicion en la clase de los que la Iglesia llama sus padres? La antigüedad profana tiene oradores con quienes no puedan sostener el paralelo los Basilio, los

Chrisóstomos, los Gregorios Naciancenos? Tiene filósofos que en la fuerza del razonamiento, en el arte de poner las pruebas de una verdad en la claridad que mas impone, en el profundo conocimiento de los principios de la metafísica y de la moral, no cedan la superioridad á los Minucios Felices, á los Lactancios, á los Agustinos? Tiene en fin críticos consumados en todas las partes de la literatura y de la erudicion, que puedan compararse con los Clementes de Alexandría, los Orígenes y otros infinitos? Qué belleza de ingenio, qué flor de gusto y de sentimiento en aquel Gregorio Nacianceno de quien habia sido rival y admirador el emperador Juliano! Qué elevacion de pensamientos, qué riqueza de imágenes, qué variedad de frases, qué vehemencia, y qué energía en aquel Chrisóstomo, al qual no se podía oír sin ser forzado á pensar como él! Qué dialéctica apretante, qué abundancia de luces, qué conocimiento del corazon humano en aquel Agustin que tuvo que combatir la eloquencia brillante de un Fausto, la sutileza de un Celestio, y la erudicion y filosofía de un Juliano de Eclana! Un hombre de recto juicio y de entendimiento desinteresado que leyese estos diferentes trozos, ¿podria dexar de ser penetrado de una veneracion religiosa á estos hombres tan simples en las costumbres, tan sometidos en la fe, tan dóciles á la enseñanza de la Iglesia, y tan formidables á los enemigos de la religion, quando atacaban la impiedad los errores y los vicios? Este prudente observador no se sentiria llevado como á pesar suyo á reconocer los caracteres de la divinidad en donde los han reconocido estos raros ingenios, y á creer y honrar una religion que ellos han honrado y creído? Podria contener su indignacion al ver á unos pretendidos filósofos armados de pequeñas dificultades que creen invencibles, é hinchados con un corto saber que juzgan sin límites, hacer ridículos esfuerzos, despues de quince y diez y ocho siglos de posesion, para trastornar los dogmas que desde su nacimiento han sostenido los mas violentos asaltos, y que por eso no han sido sino mas sólidamente afirmados? Podria no reirse de lástima, quando viese á los bellos espíritus del siglo decimo octavo, ensoberbecidos con algun suceso en un género en que no se necesita mas que imaginacion y estilo, persuadirse de que dan formidables golpes al christianismo hablando con

desprecio de los hombres grandes que ha producido, y que diciendo: *el atrabiliario Gerónimo, el sofista Agustin, el declamador Bossuet*, han aniquilado, hecho polvo todo lo que han escrito estos ingenios superiores para confundir á los incrédulos antiguos y modernos?

Los cismas y las heregias, de los cuales la mayor parte no los conocemos sino por los escritos de los padres que han combatido sus principios y desconcertado sus empresas, ofrecerian á nuestra historia artículos interesantes por la singularidad de las opiniones que tendria que describir, y por el temple de los caracteres que tendria que pintar. Baxo una prodigiosa variedad de matices notaria mil rasgos de semejanza entre todos los enemigos de la unidad, y entre todos los contrarios de la fe; los mismos artificios quando empiezan á dogmatizar: la misma flexibilidad y las mismas cabalas para hacerse partidarios: la misma audacia en viendo engrosarse el número de sus discípulos, sobre todo si han tenido el talento de hacer gustar sus ideas á personas poderosas por el crédito que dan el nacimiento y la clase, ó recomendables por el respeto que atrae la virtud: los mismos rodeos y el mismo disimulo para disfrazar sus opiniones y ocultarse á la vigilancia de los pastores: las mismas astucias y el mismo abuso del lenguaje católico para substraerse de las censuras: en fin el mismo odio contra la Iglesia quando son condenados, y quando la obstinacion ha hecho arrancarlos de su seno. Diria que permitiendo Dios estos deplorables extravios del entendimiento humano, se ha propuesto humillar la razon para tenerla mas dependiente baxo el yugo de la fe, y convencer á los hombres de que la enseñanza de la Iglesia es la única brújula que puede conducirlos con seguridad por en medio de estas olas de opiniones que se levantan y se chocan como las del Océano, y que causan los mas tristes naufragios. Haria ver (en medio de estos grandes sacudimientos que tantas veces conmovieron el Oriente y el Occidente, y ocasionaron entre el trono y el altar, hechos para prestarse un mutuo apoyo, rivalidades fatales á uno y otro, arrastrando reynos enteros á caminos extraviados) que la eficacia de las promesas y la posesion de la verdad mantenian la iglesia romana en el lustre mas puro, y en el mas sólido asiento. Referiria que al origen de cada cisma, al nacimiento de

Los cismas y las heregias.